

El Corazón en las Epístolas de San Pablo

«Estás en nuestros corazones
para juntos morir y juntos vivir.»
(2 Cor VII, 3)

INTRODUCCION

El origen de este trabajo es el deseo de adquirir un conocimiento más completo y más profundo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, una mayor solidez teológica en el ejercicio y en la presentación de este culto que la Iglesia nos muestra como el «compendio de toda la religión».

Cuando se quiere entrar por el camino de la solidez teológica, una de las primeras cuestiones que se presentan es la del fundamento bíblico de la devoción. Y en la búsqueda de tal fundamento se puede atender a dos aspectos: *la realidad misma* que es esencial en la devoción al Sagrado Corazón, y *la expresión* de esa realidad. No son dos cosas diferentes, pero sí dos aspectos, y en nuestro trabajo hemos escogido el segundo: ¿cuál es —si existe— la base que nos proporciona la Sagrada Escritura en ese lenguaje tropológico, figurado, que emplea la palabra *corazón* en un significado que no coincide totalmente con su sentido propio? Tal vez se podría objetar que proceder de este modo es quedarse en el exterior y que sería preferible ir únicamente a la realidad en sí misma, como lo hace la encíclica «Haurietis aquas»; pero no olvidemos que siempre será necesario recurrir a las expresiones verbales para traducir nuestro pensamiento y hacerlo comunicable, y que, por otra parte, hay que tratar de comprender más íntimamente el lenguaje —la envoltura sensible— en el que llega a nosotros el tesoro que se nos ofrece.

En esta línea centramos nuestro estudio en el empleo que San Pablo hace en sus epístolas ¹ de la palabra *corazón*: qué es lo que él quie-

¹ No tomamos en cuenta los pasajes de la epístola a los Hebreos, por el problema especial sobre la participación de San Pablo en la redacción misma.

re decir en los diferentes pasajes donde aparece, para reflexionar sobre la relación entre ese significado y el sentido propio de la palabra —el órgano corporal, el corazón de carne—. Tal relación nos será útil para delimitar el papel que debe desempeñar el corazón mismo de Nuestro Señor en la devoción al «Sagrado Corazón» de Jesús.

Naturalmente, para comprender a San Pablo es necesario tener en cuenta la significación del *corazón* en la Antigua Alianza, tanto en el hebreo como en la traducción griega. Tocamos brevemente este punto —que requeriría un estudio mucho más extenso—, apoyándonos en las conclusiones de trabajos más completos y añadiendo nuestras reflexiones sobre ellas.

LO QUE VALE EL CORAZON EN LA ANTIGUA ALIANZA.

«El hombre vale lo que vale su corazón»: fórmula feliz de P. Dhorme para compendiar la significación metafórica de *corazón* entre los hebreos y los acadios².

Toda (su) psicología se mueve ... alrededor del corazón... el principio de la vida sensible, intelectual y moral, no es otro que este órgano invisible, que Dios solo puede conocer (I Re VIII 39, II Par VI 30). ... algunas pasiones o emociones se localizarán en otros órganos internos. El corazón las contiene todas. Es sencillamente... el resumen del hombre interior, contrapuesto a la carne que es el hombre exterior y tangible.

Más adelante —en el párrafo sobre «la *metáfora* del corazón»— analizaremos hasta qué punto podemos hablar del corazón como *principio* de la vida sensible, intelectual y moral. Por ahora comprobemos con unos cuantos ejemplos que se utiliza el corazón para designar «el resumen del hombre interior», para caracterizar *lo que un hombre es en realidad*.

1. *La calidad del corazón*, en efecto, determina la calidad del hombre o su estado actual. «Engrasado como sebo *tienen el corazón*», dice de los malvados el salmista (Ps CXIX 70)³, «Los pecadores entesan el arco, ponen su saeta sobre la cuerda, para asaetear en la sombra a los *rectos de corazón*» (Ps XI 2). «Créame, oh Dios, *un corazón*

En general, y salvo pequeñas modificaciones, tomamos la traducción de las epístolas de la obra del R. P. José M.^a Bover, S. J., *Las epístolas de San Pablo*², Barcelona, 1950.

² *L'emploi métaphorique des noms de parties du corps en hébreu et en akkadien*, p. 128. (Tirada aparte de la «Revue Biblique», 1920-1923.)

³ Citamos los salmos según la numeración hebrea.

limpio, y renueva en mí un espíritu constante», tal es la súplica del pecador arrepentido (Ps LI 12). En el sueño de Nabucodonosor, «uno de esos que velan y son santos» dirigía esta amenaza contra el árbol figura del rey: «Abatid el árbol y cortad sus ramas... Quitesele su corazón de hombre y désele un corazón de bestia...» Y «se cumplió en Nabucodonosor la palabra: fué arrojado de en medio de los hombres, y comió hierba como los bueyes...» (Dan IV 11, 13, 30).

2. *El corazón aparece relacionado con todas las funciones humanas.* El hombre está compuesto de cuerpo y alma, pero no es tan fácil conocer la distinción entre esos dos elementos; y para los hebreos, como para otros pueblos, lo que existe es simplemente el hombre. Como consecuencia,

les passions, les fonctions organiques, les sensations sont rapportées aussi bien à l'âme qu'aux organes, et par contre, la pensée et les sentiments sont le fait d'organes et de parties corporelles ⁴.

Así se dirá que el vino *alegra el corazón* del hombre, que el pan lo restaura (Ps CIV 15). Después de la fiesta de la dedicación del templo de Jerusalén, «se fueron cada uno a su morada, *alegre y lleno de gozo el corazón*» (I Reg VIII 66). La tristeza también llega al corazón: Artajerjes pregunta a Nehemías: «¿Por qué estás con tan mala cara? Enfermo no estás: no puede ser, pues, sino alguna *pena de tu corazón*» (Neh II 2). Ana lloraba por su esterilidad y no comía; «Elcana, su marido, le decía: ¿Por qué lloras y no comes? ¿Por qué está *triste tu corazón?*» (I Sam I 8).

El corazón está relacionado también con el amor y con el odio. «¿Cómo puedes decir que me quieres —reprocha Dalila a Sansón— *cuando tu corazón no está conmigo?*» (Jud XVI 15). Y Yavé ordena en el Levítico (XIX 17): «*No odies en tu corazón a tu hermano.*»

Todos los estados de ánimo repercuten sobre el corazón. En la aflicción, «*mi corazón ha quedado como cera*, derrítase en mis entrañas» (Ps XXII 15). «*Mi corazón se agita*, me ha abandonado el vigor» (Ps XXXVIII 11). A pesar de la resolución tomada, de no hablar, «*enardecióse mi corazón dentro del pecho... prorrumpí con mi lengua*» (Ps XXXIX 4). «Por la voz del enemigo... *mi corazón se conturba en mi pecho*» (Ps LV 4, 5). Por el contrario, tener a Yavé como protector supera todo lo que se pudiera desear: «Si contigo estoy, no me deleita la tierra. Desfallece mi carne y mi corazón, ¡roca de mi corazón y mi parcela Dios para siempre!» (Ps LXXIII 25, 26). «Por el camino de tus mandamientos correré *cuando dilatares mi corazón*» (Ps CXIX 32).

⁴ TRESMONTANT, C., «*Essai sur la pensée hébraïque*», Paris, 1953, p. 102.

El hombre es un ser dotado de inteligencia; también en este campo tendrá repercusiones la «calidad» del corazón. Moisés reprende a los israelitas por su incredulidad: «Yavé no os ha dado todavía hasta hoy *un corazón que entienda*, ojos que vean y oídos que escuchen» (Deut XXIX 3).

Dios concedió a Salomón «*un corazón sabio e inteligente*» (I Reg III 12). Y el libro de los Proverbios nos dice (X 20, 21), «*plata acrisolada es la boca del justo, el corazón del impío no vale nada*».

Todos los matices de la actividad intelectual se refieren al corazón; hay pensamientos y designios que no aparecen plenamente como son ni siquiera al que los tiene. Daniel hace saber a Nabucodonosor que si puede interpretar su sueño es precisamente para que el rey llegue «a entender los pensamientos» de su corazón» (Dan II 30). Los falsos profetas no hablan en nombre de Yavé, «falsas visiones, agüeros, vanidades y *engaños de su corazón* es lo que les profetizan» (Ier XIV 14).

3. *La realidad íntima del hombre*, que puede estar en contradicción con sus palabras, la designa el corazón. «El Señor dice: pues que este pueblo se me acerca sólo de palabra y me honra sólo con los labios, mientras que *su corazón está lejos de mí...* voy a hacer nuevamente... extraordinarios prodigios» (Is XXIX 13, 14). Es la historia de las infidelidades de Israel, descrita en el salmo LXXVIII: «*le engañaban con su boca, y con su lengua le mentían. Y su corazón no era recto con El, ni eran fieles a su pacto*» (vers. 36, 37).

Los hombres no ven sino las apariencias, y por eso no son capaces de apreciar a los hombres en lo que de veras valen: tal es la advertencia que Yavé hace a Samuel al descartar a Eliab: «No ve Dios como ve el hombre; el hombre ve la figura, pero *Yavé mira el corazón*» (I Sam XVI 7). Esa realidad íntima del hombre, que aparece tal cual es ante Yavé, es lo que Él quiere poseer (Deut VI 5, 6), sin contentarse con un homenaje puramente exterior: «*Circuncidad, pues, vuestros corazones...*» (Deut X 16), «*Rasgad vuestros corazones, no vuestras vestiduras*» (Ioel II 13). Por eso, cuando lleguen los días de la nueva alianza, «Yo pondré mi ley en ellos... y *la escribiré en su corazón*» (Ier XXXI 33), «y *les daré otro corazón*, y pondré en ellos un espíritu nuevo; quitaré de su cuerpo su corazón de piedra, y *les daré un corazón de carne...*» (Ez XI 19, 20).

No sería difícil continuar espigando ejemplos entre la multitud de pasajes (cerca de mil) en donde interviene el corazón. La frecuencia de su empleo nos indica ya su importancia y nos invita a reflexionar sobre su significado. La calidad del corazón indica la calidad o el estado del hombre en sus diferentes actividades; lo representa como es en realidad, tal cual es visto por la mirada escrutadora de Dios. «El hombre vale —decía Dhome— lo que vale su corazón.» Del *leb*

hebreo se puede decir con mayor razón lo que Behm dice de la significación de *καρδία* en los LXX⁵:

καρδία es ante todo el principio y el órgano de la vida personal humana, *el punto interior de concentración* del ser y del obrar del hombre como una personalidad espiritual... por tanto (es) también la fuente y la sede de la vida religiosa y moral... Con frecuencia se sustituye *καρδία* por otras palabras, *ψυχή*, *διάνοια*, *πνεῦμα*, *νοῦς* y otras, pero sin embargo conserva frente a esos sinónimos la relación *a la totalidad y la unidad de la vida interior* que se manifiesta y se completa en la multiplicidad de las funciones psíquicas y espirituales.

Con estos datos a la vista podemos ahora preguntarnos por qué proceso de transposición se ha llegado a designar la persona —en lo que tiene de más real y más profundo— a partir del órgano corporal. En otras palabras, ¿de qué clase de *metáfora* se trata?

La METAFORA del corazón. Esta palabra, metáfora, es ambigua: en su sentido técnico designa la figura de lenguaje por la cual se trasladada la significación propia de una palabra a otro significado que le conviene únicamente en virtud de una comparación sobreentendida (un hombre *cultiva* su inteligencia; las *perlas* de rocío). Pero en un sentido más amplio, que es en general el más empleado, «metáfora» significa *tropo* en cualquiera de sus formas; es decir, el empleo de una palabra *en un sentido diferente del propio* (sea por medio de la «metonimia», tomando el efecto por la causa, el signo por la cosa significada, o viceversa; o por medio de la «sinécdoque», tomando la parte por el todo, el género por la especie, la materia de que una cosa está hecha por la cosa misma). Ahora bien, ¿de qué clase de metáfora, de *tropo*, se usa en el Antiguo Testamento cuando el corazón no significa —o por lo menos cuando no significa *únicamente*— el órgano central del aparato circulatorio, o por extensión el pecho?

Si lo fundamental fuera una *metáfora* en sentido estricto, diríamos que encontrar *siempre* una comparación sobreentendida: al hablar del «cultivo» de la inteligencia, se la compara con un campo o con una planta; en el caso del corazón «limpio», «recto», del «corazón del impío», de los «pensamientos» o «deseos», «amores», «odios»

⁵ Artículo *καρδία*, en KITTEL, *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* 3.^{er} volumen, p. 612 (Stuttgart, 1938): «So ist die *καρδία* vor allen Dingen auch das Prinzip und Organ des Menschlichen Personlebens, *der innere Konzentrationspunkt* des Wesens und Wirkens des Menschen als geistiger Persönlichkeit... daher auch der Quellort und Sitz des religiös-sittlichen Lebens... *καρδία* wechselt vielfach mit *ψυχή*, *διάνοια*, *πνεῦμα*, *νοῦς*, ua, behält aber auch diesen Synonymen gegenüber die Beziehung *auf das Ganze und die Einheit des inneren Lebens*, das sich in der Mannigfaltigkeit der seelisch-geistigen Funktionen darstellt und auswirkt». (Nosotros subrayamos.)

del corazón, ¿hay necesariamente una comparación? Eso supondría que en cada caso habría *una facultad humana claramente distinguida*: pero la mentalidad hebrea aparece en un estadio anterior a esa reflexión filosófica. Para ellos, —como para todo hombre en sus reacciones espontáneas—, el hombre es una unidad, y ni siquiera se percibe con toda claridad su composición de cuerpo y alma. Como consecuencia, las pasiones espirituales lo mismo que las funciones orgánicas, y con mayor razón los sentimientos que participan más claramente de ambos aspectos, se atribuirán indistintamente al «alma» —es decir, al «soplo» (nefesch)—, al cuerpo o a los órganos especialmente afectados. Tresmontant expresa así esta concepción⁶:

L'homme est une âme vivante. Il ne faut pas interpréter la notion hébraïque d'âme à partir du dualisme platonicien. Ignorant la dichotomie âme-corps, l'hébreu ne fait pas de l'âme cette réalité desincarnée qu'elle est pour nous, précisément parce que nous l'opposons au corps. En hébreu, l'âme c'est l'homme. On ne doit pas dire que l'homme a une âme, mais qu'il *est* une âme. De la même manière du point de vue biblique l'homme est corps.

... du fait du non-dualisme, les passions, les fonctions organiques, les sensations sont rapportées aussi bien à l'âme qu'aux organes, et par contre, la pensée et les sentiments sont le fait d'organes et de parties corporelles⁷.

La psychologie hébraïque de l'émotion, de la passion rejoint les psychologies modernes qui refusent de séparer, dans le désir ou le peur, la part psychologique de la part somatique. «Vous n'irez pas après votre coeur et après vos yeux, qui vous entraînent dans l'infidélité» (Num 15, 39)⁸.

Por tanto, fundamentalmente se trata del empleo de *una parte* del hombre *para designarlo todo entero*, aunque subrayando más un aspecto determinado: la cara, por ejemplo, designará al hombre en cuanto que es visible o en cuanto que él mismo ve; el corazón indicará el resumen verdadero, aunque oculto, de lo que el hombre es delante de Dios. Se toma *la parte por el todo*: es la figura llamada *sinécdoque*.

De esta manera, aun en los casos en que el contexto señala explícitamente sólo una operación del hombre, o hasta cierto punto una facultad —tal como nosotros podemos distinguirla ahora—, de hecho se trata *del hombre que actúa*; y cuando el corazón es el órgano escogido para designarlo, es *el hombre en lo que tiene de más personal, de más profundo, tal vez de más oculto*.

⁶ *Op. cit.*, p. 95.

⁷ *Ibid.*, p. 102.

⁸ *Ibid.*, p. 103.

¿Querrá esto decir que *se afirma* del corazón que es precisamente «el órgano», «la sede», de las diferentes operaciones humanas con las cuales se lo relaciona? Nos parece que no. Sin desconocer que tal manera de expresarse tiene su origen en ciertas concepciones fisiológicas o psicológicas —tal vez más sencillamente en hechos fácilmente perceptibles a cualquiera—, se trata *en primer lugar* de un lenguaje figurado en el que la imaginación tiene una parte considerable: se designa todo el hombre atendiendo especialmente a una parte de su cuerpo, y a esta figura —la sinécdoque— se sobreponen otras, con mucha frecuencia metáforas en sentido estricto o simples comparaciones explícitas. Notemos además que tales comparaciones no parecen establecerse entre la parte del cuerpo y una facultad definida; el término de comparación suele ser algo material, sensible, imaginable.

Bajo este respecto el corazón no es sino un caso particular dentro de un uso más general de todas las partes del cuerpo. Como el salmo XXVI 12 dice «mi *pie* está firme en el camino llano», para expresar que *el hombre* no se aparta del *camino* de la inocencia, en el salmo XXVII 3 encontramos esta palabra de confianza tranquila: «Aunque acampen contra mí ejércitos, *no temerá mi corazón*». No se trata de señalar *la sede fisiológica* de la firmeza en el pie, ni del temor en el corazón; sino que basándose en una manifestación sensible se designa una calidad o una situación del hombre: el que está firme permanece de pie, el temeroso tiene el corazón desacompañado. En el salmo XXVI 12 se añade la comparación del camino; respecto del corazón no hay ninguna en el pasaje del salmo XXVII que acabamos de citar, pero en otros textos sí la hay: el corazón se derrite como la cera (Ps XXII 15), se enardece (Ps XXXIX 4), está alejado de Yavé (Is XXIX 14), es como un receptáculo en el que han de llevarse —muy adentro— los mandamientos de Yavé (Deut VI 6); hay que circuncidarlo (Deut X 16), que rasgarlo con la contrición (Ioel II 13)⁹.

⁹ En su artículo «Les sens des noms du coeur dans l'antiquité», (*Le Coeur, Études Carmelitaines*, Desclée de Brouwer, 1950), M. Antoine GUILLAUMONT analiza el modo de hablar de los semitas sobre el corazón y dice así (p. 51): «Cette psychologie dissocie mal le fait psychique lui-même de son effet sur l'organe et de l'organe lui-même affecté de telle ou telle manière», y saca después esta conclusión:

«pour cette raison il est difficile de dire quand on est en présence d'un emploi métaphorique certain dans toutes ces expressions où entre le mot «coeur»; la métaphore en effet est fondée sur la claire distinction de deux ordres et cette psychologie repose sur une dissociation encore confuse du physique et du psychique. En outre elle se dégage mal d'une certaine indifférenciation primitive où l'homme a longtemps laissé les phénomènes psychiques, les situant tous en un même lieu; toutefois une différenciation nette se fait jour au profit de l'intelligence et de la pensée, dont le coeur, pour ainsi dire spécialisé à cet effet, devient l'organe par excellence».

M. Guillaumont atiende únicamente a la metáfora en sentido estricto, y

Vemos pues que la figura llamada *sinécdoque* es fundamental en la significación tropológica de las partes del cuerpo, que las otras figuras o comparaciones acaban de matizar lo que se quiere decir *de todo el hombre*. Anotemos una consecuencia que nos será útil después: el órgano corporal al que se atiende especialmente es *indispensable* en la sinécdoque¹⁰, pues por medio de él se realza, se hace visible un aspecto determinado de la vida del hombre, de su actividad o de su estado actual. Cuando el órgano empleado es el corazón, ese aspecto es la realidad más profunda del hombre, lo que hay en él de más personal, de más característico.

Después de este somero examen de la significación del corazón en la Antigua Alianza, pasemos a ver con más detalle los textos en los que San Pablo usa la palabra *καρδία*, en su sentido propio —como en la traducción griega del Antiguo Testamento y en el griego clásico— equivale al *leb, lebab* hebreo.

supone que la comparación sobreentendida *debe* establecerse entre el orden físico y el psíquico. En ese supuesto no sólo parece difícil decir cuándo hay empleo metafórico: probablemente nunca se podrá señalar con certeza la comparación con una facultad determinada, distinguida según ideas posteriores, por la razón de que los Semitas no hacían esas distinciones; aun en el caso de la inteligencia y del pensamiento, ¿podemos decir que el aspecto intelectual aparece distinguido de los aspectos volitivos y afectivo-sensibles con los que está íntimamente ligado? Como lo indica M. Tresmontant (*Op. cit.*, p. 106).

«La connaissance n'est pas le fait d'un intellect séparé du corps. L'homme sémitique n'est pas, selon l'expression de Jousse, «dissocié». La connaissance est l'acte de tout l'homme. Le type de la connaissance, c'est l'acte d'épouser.»

¹⁰ En esta figura se puede decir con mayor razón lo que se afirma a propósito de la metáfora (en sentido estricto) en las lenguas semíticas: se puede llegar a dos significaciones completamente distintas sin que se pierda completamente la relación de una a otra. Así lo hace notar el P. G. Lambert, S. J., a propósito de «oráculo profético» y «carga»: la evolución semántica hace pasar la idea de «carga» al «oráculo» que pesa sobre la vida de aquéllos a quienes se dirige, pero esta evolución se realiza «de telle manière qu'on arrive à deux significations nettement distinctes, sans que s'efface complètement la relation de l'une à l'autre. Ainsi que le notait déjà Ernest Renan (*Histoire générale et système comparé des langues sémitiques*, 2.^e édit., Paris, 1858, p. 23-24)... c'est là une particularité facilement observable dans cette famille de langues: 'Ce qui distingue la famille sémitique, c'est que l'union primitive de la sensation et de l'idée s'y est toujours conservée, c'est que l'un des deux termes n'y a point fait oublier l'autre, comme cela est arrivé dans les langues ariennes, c'est que l'idéalisation, en un mot, ne s'y est jamais opérée d'une manière complète; si bien que dans chaque mot on croit entendre encore l'écho des sensations primitives qui déterminèrent le choix des premiers nomenclateurs'». («Mon joug est aisé et mon fardeau léger», «Nouvelle Revue Théologique» 1955., p. 965.)

EL «CORAZÓN» EN LAS EPÍSTOLAS DE SAN PABLO

La palabra *καρδία* aparece 52 veces en las epístolas¹¹. Recorramos esos textos, y para ello agrupémoslos de una manera semejante a la que empleamos a propósito del Antiguo Testamento:

1. La calidad del corazón.
2. El corazón relacionado con las diversas operaciones humanas.
3. La realidad del corazón.
 - A. La cara y el corazón.
 - B. La carne y el corazón.
 - C. La boca y el corazón.
 - D. La acción de Dios sobre el corazón.
 - E. La acción de los hombres sobre el corazón.

No se trata de una división adecuada y por eso tendremos que encontrar varias veces algunos de esos pasajes, pero eso mismo nos ayudará a reflexionar sobre «la metáfora del corazón» en San Pablo y a sacar algunas conclusiones que de ella se derivan al hablar del Corazón de Cristo. Finalmente responderemos a esta pregunta: ¿Trata Pablo del corazón de Cristo?, ¿emplea esta expresión?

1. *La calidad del corazón* es la calidad del hombre:

En la epístola a los Romanos, San Pablo describe la situación de los gentiles, que no reconocieron a Dios en las perfecciones de las creaturas: «se entenebreció su insensato corazón» (I 21). «Por lo cual los entregó Dios en manos de las concupiscencias de sus corazones» (I 24). En la epístola a los Efesios se repite la misma idea: los gentiles andan «en la vanidad de su mente», «por el encallecimiento de su corazón» (Eph IV 17, 18).

Si hay alguno (entre los judíos) que condena las malas acciones de los gentiles y sin embargo procede de igual manera, no podrá escapar al juicio de Dios: «según tu dureza e impenitente corazón —le advierte el apóstol— atesoras para ti ira» (Rom II 5).

La calidad del corazón de un cristiano tendrá que ser diferente.

¹¹ Esos pasajes se encuentran en casi todas las epístolas, repartidos así: Romanos, 15 veces (I 21, 24; II 5, 15, 29; V 5, VI 17, VIII 27, IX 2; X 1, 6, 8, 9, 10; XVI 18); I Cor 5 veces (II 9, IV 5, VII 37 —dos veces—, XIV 25); II Cor 11 veces (I 22, II 4, III 2, 3, 15; IV 6, V 12, VI 11, VII 3, VIII 16, IX 7); Gal 1 vez (IV 6); Eph 6 veces (I 18, III 17, IV 18, V 19, VI 5, 22); Phil 2 veces (I 7, IV 7); Col 5 veces (I 2, 15, 16; III 22, IV 8); I Thes 3 veces (II 4, 17; III 13); II Thes 2 veces (II 17, III 5); I Tim 1 vez (I 5), II Tim 1 vez (II 22).

San Pablo había dejado a Timoteo en Efeso para que intimase a algunos hombres «que no enseñasen otras doctrinas...» «Mas el fin de esta intimación es la caridad, nacida *de un corazón puro*, y de una conciencia buena, y de una fe sincera» (I Tim I, 4, 5). Y al mismo Timoteo le aconseja en su segunda carta: «De los caprichos juveniles huye; sigue más bien tras la justicia, la fe, la caridad, la paz, con los que invocan al Señor *con limpio corazón*» (II Tim II 22).

2. *El corazón relacionado con las diversas operaciones humanas.* Ya vimos que San Pablo trata de «las concupiscencias» de los corazones de los gentiles (Rom I 24). La revelación del misterio cristiano es algo «que ojo no vió, ni oído oyó, *ni a corazón de hombre se antojó*» (a la letra, «que no subió a corazón de hombre») (I Cor II 9). La expresión «*no digas en tu corazón*» usada por San Pablo en Rom X 6, equivale a «no pienses», «no te digas a ti mismo».

Cuando el Apóstol ve a los judíos alejados de Cristo, sufre por ellos: «es grande mi tristeza e incesante *el dolor de mi corazón*» (Rom IX 2). «*La inclinación* (el buen deseo) *de mi corazón* y mi oración a Dios en favor de ellos para su salvación» (Rom X 1).

La incredulidad de los judíos no es la única preocupación del Apóstol: además de las fatigas y las dificultades exteriores le aflige sobre todo la resistencia de algunos dentro de las mismas comunidades cristianas, como sucedía en Corinto: por esa causa había retrasado una visita anunciada, y les había escrito más bien que provocar con su presencia nuevas dificultades: «a impulso de una gran *congoja y apretura de corazón* os escribí con abundantes lágrimas... para que conozcáis el amor que os tengo...» (II Cor II 4).

Más adelante, en la misma carta, les anuncia el viaje de Tito, a quien había enviado con el doble objeto de apaciguar los ánimos y de organizar la colecta en favor de los cristianos de Jerusalén; espera que sean generosos y los exhorta a ello, pero quiere que dé cada uno «según que *tiene determinado en su corazón*, no de mala gana ni por fuerza, que al dador jovial ama Dios» (II Cor IX 7). En todo este asunto San Pablo cuenta con el tacto de su colaborador y da gracias a Dios de que «*inspira en el corazón de Tito la misma solicitud*» por los corintios (VIII, 16).

Los propósitos y resoluciones aparecen también relacionados con el corazón en un pasaje de la primera carta a los Corintios: «el que *firme en su corazón*, no necesitado, sino libre y de voluntad, determina guardar virgen a su hija, hace mejor» que el que la casa (I Cor VII 37)¹².

¹² La discusión sobre el sentido de todo este pasaje no afecta a la frase que nos interesa, «firme en su corazón».

No sólo las determinaciones completamente personales, también la sujeción de los siervos a sus señores puede estar relacionada con el corazón: «los siervos obedeced... *con sencillez de vuestro corazón*, como a Cristo» (Eph VI 5). Y casi en iguales términos dice lo mismo en la carta a los Colosenses (III 22, 23).

En estas dos epístolas hay otros dos pasajes que se corresponden; son un consejo de aplicación general a todos los cristianos.

«... no os embriaguéis con vino, que lleva al desenfreno, sino llenaos del Espíritu, hablándoos los unos a los otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, *cantando y tañendo en vuestro corazón* al Señor...» (Eph V 18, 19).

«... *cantando* con hacimiento de gracias *en vuestros corazones* a Dios». (Col III 16.)

Los cantos y los himnos deben salir del corazón, la obediencia de los siervos debe proceder de un corazón sencillo: no son las apariencias lo único que importa, y sólo tienen valor si concuerdan con una realidad interior y profunda. Ambos aspectos son necesarios porque ambos forman juntos la vida del hombre; por eso San Pablo dirá a los Romanos (X 10), «*con el corazón se cree* para justicia, y con la boca se confiesa la fe para salud». Los hombres pueden engañarse al juzgar a un hombre; deben esperar a que venga el Señor, El «pondrá al descubierto *los designios de los corazones*» (I Cor IV 5).

En este pasaje San Pablo muestra su interés por los corintios con frases tranquilas; en otras ocasiones se desborda en párrafos vehementes nacidos de un afecto apasionado que también se relaciona con el corazón. Al defender el apostolado cristiano a la vez que su obra personal, soporta y perdona otros ataques, pero no puede sufrir que duden de la sinceridad de su afecto: ya al principio de la segunda epístola a los Corintios, después del saludo y de la acción de gracias por el auxilio recibido de Dios en la tribulación que le sobrevino en Asia (I 1-11), comienza el Apóstol a hablar de su sinceridad (I 12-14); si cambió su itinerario y retardó la visita que les había anunciado, fué para no tener que mostrarse otra vez severo estando presente; prefirió enviarles por escrito las advertencias que le dictaba su preocupación, su «gran congoja y apretura de corazón»; pero esto, les dice, fué «no para que os entristezcáis, sino para que conozcáis el amor que os tengo, a vosotros más que a otros» (II 4).

San Pablo otorga su perdón a quien lo había ofendido (aunque no sepamos exactamente de qué ofensa se trate), y exhorta a los demás a que lo consuelen y animen (II 5-11). Narra en seguida lo que ha hecho desde que salió de Efeso: su estancia en Tróade, su viaje a Macedonia y el fruto que Dios ha querido dar a sus trabajos (II 12-17). Pero al hablar así —«somos buen olor de Cristo para Dios»—, «no somos como tantos otros que desnaturalizan la palabra de Dios»—,

no es que Pablo busque recomendarse; no necesita él cartas de recomendación para los Corintios ni de parte de ellos: «Nuestra carta vosotros sois, *escrita en nuestros corazones*, conocida y leída por todos los hombres» (III 2). A dondequiera que van, Pablo y sus colaboradores llevan consigo a los Corintios, escritos en sus corazones —permanecen unidos a ellos por un afecto personal, verdadero y profundo—; y todos conocen lo que son los Corintios, transformados por las maravillas que Dios ha obrado en ellos.

Más adelante —(cap. VI 11-13)— Pablo les volverá a hablar de que están alojados en su corazón:

Nuestro lenguaje (nuestra boca) ha sido con vosotros abierto, Corintios; *nuestro corazón se ha ensanchado*; no estáis apretados dentro de nosotros, sino estáis apretados en vuestras entrañas; recíprocamente, en pago —como a hijos hablo— ensanchaos también vosotros.

Y después de los versículos VI 14 - VII 5, cuya inserción en este lugar no se explica fácilmente, añade:

Dadnos cabida en vuestro corazón: a nadie hicimos agravio, a nadie ocasionamos ruina, a nadie sonsacamos nada. No digo esto para condenación, que ya antes tengo dicho *que estáis en nuestros corazones para juntos morir y juntos vivir*. (VII 2-3.)

No se trata de un afecto voluble y pasajero, sino de una unión definitiva. Lo que está en el corazón, sea como en un receptáculo sea como escrito en una tableta, lo que está ligado al corazón, lo que está sobre el corazón (cf. Prov III 1, 3; VI 20-22; VII 1; Deut VI 4-8, Cant VIII 6), está unido profundamente al ser mismo de la persona. Es lo mismo que San Pablo afirma de la ley natural en los gentiles (Rom II 14, 15), y de la transformación que Dios realiza en los cristianos, como tenemos que ver después más en detalle.

Los Corintios, son, pues, la carta de recomendación que San Pablo lleva escrita en el corazón (II Cor III 2); ellos están ahí alojados a sus anchas (VI 11) y el Apóstol espera de sus cristianos una correspondencia de hijos (VI 13); todas las advertencias que les hace no tienden a condenar a nadie, puesto que están en su corazón para juntos morir y juntos vivir (VII 3). «Juntos morir y juntos vivir»: tal es el destino de esta unión personal de San Pablo con los cristianos, que no se funda únicamente en motivos de orden natural; fundada en motivos superiores puede pasar por encima de las pequeñeces humanas —como las que han provocado los desórdenes y las incomprendiones en la comunidad de Corinto—. Pablo sabe que los sufrimientos son fecundos y que Jesucristo es quien lo sostiene (II Cor IV 5-12), pero eso no evita que el sufrimiento se prolongue: el haber tenido que renunciar a la visita anunciada le hizo derramar abundantes lágrimas (II 4), y el temor de ser incomprendido le hace repetir que

no busca recomendarse a sí mismo, sino mostrarles su amor y asegurar la obra de Cristo (V 11-15).

«Juntos morir y juntos vivir»: unión personal, en el amor de Cristo. Es un amor que se interesa por las necesidades de cada comunidad, de cada persona —«¿Quién desfallece, que yo no desfallezca? ¿Quién padece escándalo, que yo no me abraze?» (II Cor XI 29)—; un amor que no sufre la indiferencia en el amado, porque los celos lo consumen —«sufridme, porque estoy celoso de vosotros con celos de Dios» (II Cor XI 2); un amor plenamente desinteresado —«con sumo gusto gastaré y me desgastaré a mí mismo en bien de vuestras almas; aunque amándoos yo más a vosotros sea menos amado» (XII 15). Amor solícito, amor desinteresado, amor ardientemente celoso, porque es el amor de Yavé celoso de su esposa infiel (cf. Ez XVI), porque es el amor de Cristo que se entregó a sí mismo por la Iglesia (Phil V 25-27).

Releamos ahora los pasajes en los que San Pablo expresa su afecto por los corintios valiéndose de la imagen del corazón:

Nuestra carta vosotros sois, *escrita en nuestros corazones*, conocida y leída por todos los hombres (II Cor III 2).

Nuestro lenguaje ha sido con vosotros abierto, Corintios; *nuestro corazón se ha ensanchado*; no estáis apretados *dentro de nosotros*, sino estáis apretados *en vuestras entrañas*; recíprocamente, en pago —como a hijos hablo— ensanchaos también vosotros (VI 11-13).

Ya antes os tengo dicho que *estáis en nuestros corazones* para juntos morir y juntos vivir (VII 3).

Corazón y entrañas. ¿Cuál es el matiz especial que da cada una de estas imágenes? ¿O son completamente equivalentes? Un texto de la epístola a los Filipenses, donde vuelven a aparecer juntas, nos ayudará a responder.

Filipos fué la primera iglesia que San Pablo fundó en Europa, al pasar de Tróade a Macedonia en su segundo viaje, hacia el año 51. Unos diez años más tarde, estando prisionero, les escribe y les envía la carta con Epafrodito; éste había llevado al Apóstol una limosna de los Filipenses y se había quedado con él para ayudarle, pero enfermó y sintió la nostalgia de su país. Una vez restablecido, regresa a su ciudad llevando la carta de su evangelizador.

Después del saludo, Pablo les hace saber en su carta cómo da gracias a Dios en su oración gozosa y confiada:

Doy gracias a mi Dios todas las veces que me acuerdo de vosotros, siempre, en toda oración mía por todos vosotros, haciendo con gozo mi oración, por la parte que habéis tomado en el Evangelio desde el primer día hasta ahora, con la segura confianza de que quien comenzó en vosotros obra buena la llevará al cabo hasta el día de Cristo Jesús, según es justicia para mí sentir eso de todos vosotros, por cuanto os

tengo en mi corazón, a vosotros, que tanto en mis cadenas como en la defensa y consolidación del Evangelio sois todos partícipes de mi gracia. Porque testigo me es Dios de cómo os añoro a todos vosotros en las entrañas de Cristo Jesús. (Phil I 3-8)¹³.

Pablo los tiene en el corazón; el recuerdo constante es al mismo tiempo la nostalgia: los añora a todos en las entrañas de Cristo Jesús. En la primera epístola a los Tesalonicenses (II 17) se habla de un alejamiento con el cuerpo, no con el corazón: la orfandad exterior, que no impide la unión de los corazones, impulsaba al ardiente apóstol a desear ver a sus cristianos cara a cara, y la realización de ese deseo era algo factible. En el caso de los Filipenses su calidad de prisionero lo obliga a quedarse en el deseo nostálgico: el verbo empleado, ἐπιποθῶ, el mismo que expresa la añoranza de Epafrodito durante su convalecencia (Phil II 26), y la misma idea de nostalgia, de deseo fundado en un afecto real, de deseo irrealizable en un futuro inmediato, aparece expresada por el mismo verbo en otros pasajes¹⁴. Respecto de los Filipenses esta nostalgia adquiere caracteres particulares: los evangelizó personalmente, y ha mantenido con ellos lazos íntimos de amistad y de colaboración en el apostolado. Y nota además que los añora en las entrañas de Cristo Jesús. ¿Qué significa esta expresión, y qué relación guarda con la frase *os tengo en el corazón*? ¿Cuál es aquí, como en II Cor VI 11-13, el matiz de «corazón» y de «entrañas», aumentado con la determinación de corazón «de Pablo», entrañas «de Cristo Jesús»?

El P. Bover dice que hay «identidad de significación entre corazón y entrañas»¹⁵. Es cierto que hay expresiones en las que corazón

¹³ La versión de Nacar-Colunga traduce el último versículo «cuánto os amo», y de una manera equivalente el P. Benoit (*Bible de Jérusalem*) —«Dieu m'est témoin que je vous aime tous tendrement dans le coeur du Crist Jésus»—, y la edición de Crampon revisada por el P. Bonsirven —«je vous chérie tous de la tendresse du C. J.»—. El P. Huby traduce «j'ai désir de vous tous dans le coeur de Jésus Christ» (*Les épîtres de la captivité*, p. 269); el P. Bover (*Las epístolas de San Pablo*, p. 328), dice «testigo me es Dios de cuánta soledad siento de todos vosotros en las entrañas de Cristo Jesús»: las dos ideas juntas, —deseo y soledad— parecen expresar mejor la idea de San Pablo.

¹⁴ A los Tesalonicenses (I Thes III 6, 7) les decía «conserváis buen recuerdo de nosotros... deseando vivamente vernos (ἐπιποθοῦντες ἡμᾶς ἰδεῖν) —como también nosotros a vosotros—. Tratando de la esperanza de la gloria y de la fecundidad de las tribulaciones, recordaba a los Corintios (II Corintios V 2) que gemimos en nuestra casa terrena, «anhelando sobrevestirnos (ἐπενδύσασθαι ἐπιποθοῦντες) de nuestra morada celeste»; en la misma carta señala como efecto de las limosnas a los cristianos de Jesurálén que ellos «corresponden con su oración por vosotros añorándoos (ἐπιποθοῦτων ὑμᾶς)» (II Cor IX 14). (Cf. ALLO, *Seconde Epître aux Corinthiens*, Paris, 1937, p. 237.) Y a los Romanos les decía al principio de su carta (I 11), «tengo ansias de veros» (ἐπιποθῶ γὰρ ἰδεῖν ὑμᾶς).

¹⁵ *Op cit.*, p. 328.

y entrañas, *empleados separadamente*, revisten la misma o casi la misma idea, por ejemplo, en «hijo de mi corazón», «hijo de mis entrañas»; pero cuando esas dos palabras están una al lado de la otra no se trata de una simple repetición en la que se evita escribir dos veces la misma palabra, sino de un complemento: con la ayuda de las dos imágenes se da una idea más completa que la indicada por cada una de ellas. Tal es el procedimiento habitual del «paralelismo» semítico, aun en la modalidad llamada «sinónima». Tratemos de percibir esta síntesis corazón-entrañas, *corazón de Pablo - entrañas de Cristo Jesús*.

El corazón, como hemos visto, sirve para designar la realidad más íntima y profunda del hombre; tener a alguien alojado en el corazón, estar unido de corazón a pesar de la orfandad según la cara, es permanecer en una unión verdadera. Esta unión *supone* un afecto cuyas características se pueden explicitar: será como el de un pequeño niño que necesita de sus padres —San Pablo se siente huérfano de los Tesalonicenses (I Tes II 17)—, como el de un padre para con sus hijos (II Cor VI 13). Al hablar de entrañas ¹⁶ el aspecto afectivo reviste una importancia especial, como nos lo muestra el último texto citado:

Nuestro lenguaje ha sido con vosotros abierto, Corintios; nuestro corazón se ha ensanchado; no estáis apretados dentro de nosotros, sino estáis apretados *en vuestras entrañas*; recíprocamente, en pago, *como a hijos hablo, ensanchaos también vosotros*.

La unión personal está pidiendo un afecto filial que no es bastante grande en los Corintios; de un amor más grande se seguirá una mayor comprensión, una unión más estrecha. De una manera semejante, en Phil I 8 el matiz de ternura en la nostalgia precisa el modo

¹⁶ La palabra griega empleada, *σπλάγγνα*, puede equivaler a dos palabras hebreas: *rahamim*, plural de *reham*, seno materno, y *meji*, intestino o vísceras en general. Ambos términos se usan para designar la piedad, la ternura, la compasión, la desgracia, diciendo que se conmueven, que resuenan, hierven...

En el Nuevo Testamento *σπλάγγνα* se encuentra once veces. De ellas una en su significación propia, al hablar de la muerte de Judas (Act I 18); tres veces está explícitamente determinada —«entrañas de misericordia»— (Lc I 78, Phil II 1, Col III 12); cuatro veces indica un interés afectuoso —o su falta— (II Cor VII 15: las entrañas de Tito, enviado por segunda vez a los Corintios, se inclinan más y más a ellos, al recordar su obediencia: Philem 7: «las entrañas de los santos han hallado alivio» gracias a la caridad de Filemón; Philem 20: San Pablo exhorta delicadamente a Filemón a recibir y a perdonar a su esclavo Onésimo, y le dice «reciba yo de ti gozo en el Señor; alivia mis entrañas en Cristo»; I Io III 17: «quien poseyere los bienes del mundo, y viere a su hermano tener necesidad, y cerrare sus entrañas, desviándose de él, ¿cómo la caridad de Dios mora en él?); una vez sirve como sinónimo de hijo (Phil 12: te remito a Onésimo, «es decir, a mis propias entrañas»). Los otros dos pasajes son los que nos ocupan especialmente, II Cor VI 12 y Philip I 8.

con que San Pablo los tiene «en el corazón»: se trata de la unión con esas primicias de su apostolado en Macedonia —los únicos de quienes ha aceptado ayuda económica—, y que participan de un modo especial en su gracia de apóstol encadenado por el Evangelio. «Testigo me es Dios de cómo os añoro a todos vosotros *en las entrañas de Cristo Jesús*»: es una nostalgia profunda, y que no proviene de un afecto puramente humano, como tampoco se basaba en un amor exclusivamente natural la petición que hacía a Filemón, «alivia mis entrañas en Cristo» (Philem 20). Pablo es quien ama y añora profundamente, pero la explicación de la intensidad y de la calidad de sus sentimientos está en que Cristo es quien ama y añora en él y por él: en la misma carta a los Filipenses dirá poco después (I 21), «para mí el vivir es Cristo», como había dicho a los Gálatas (II 19, 20), «con Cristo estoy crucificado, pero vivo... ya no yo, sino Cristo vive en mí».

Y notemos que la ternura —«las entrañas de Cristo Jesús»—, no es sólo la de un padre para con sus hijos: las comparaciones humanas sirven para que vislumbremos la realidad, pero no la agotan. Las «entrañas» pueden también indicar el matiz del amor conyugal, con la exclusividad consiguiente. Es verdad que en Phil I 8 este matiz no aparece explícitamente, pero ya vimos que en la segunda epístola a los Corintios les arguye como a hijos para que ensanchen sus entrañas (VI 12, 13), y, sin embargo, más adelante les dice que está *celoso* de ellos, con celos de Dios (XI 2): tal sentimiento explica la vehemencia con la que Pablo defiende sus derechos de apóstol, de enviado de Cristo, esposo de la Iglesia, de cada cristiano.

Así pues, si «tener en el corazón» nos indica explícitamente la unión personal, la nostalgia «en las entrañas de Cristo Jesús» nos da a conocer la intensidad, la calidad, y la fuente de donde brota el amor que esa unión supone: es el amor de Cristo Jesús, que va mucho más lejos que todo amor humano —solamente humano—; es amor que perdona al hijo pródigo, que olvida la infidelidad de la esposa, que va hasta la locura de morir por el amado. El amor de Cristo Jesús es el que da su ritmo y su armonía al corazón de Pablo, y «el hombre vale lo que vale su corazón» —decía Dhome—: la realidad de Pablo está cambiada.

3. *La realidad del corazón* se nos muestra en Pablo —y en los cristianos— transformada por su unión con Cristo. Es necesario que nos detengamos a considerar cómo expresa el Apóstol semejante transformación. Para apreciarla mejor veamos esa realidad del corazón en contraste con lo que es o sólo una apariencia —tal vez falsa o transitoria— o complemento y manifestación de la verdadera realidad.

A. *La cara y el corazón*, contrapuestos, sirven para expresar el contraste entre lo visible y lo que permanece oculto, entre la aparien-

cia hueca y lo que vale, entre lo caduco y lo duradero. Ya encontramos antes el pasaje de la primera a los Tesalonicenses (II 17), en donde hay esta contraposición:

Lejos como huérfanos de vosotros por breves momentos, con el cuerpo (*con la cara* —*προσώπῳ*—), no *con el corazón*, tanto más nos dimos prisa por veros *cara a cara*, a impulsos de un ardiente deseo.

Existe una separación según lo que se puede ver exteriormente —la cara—, pero tal alejamiento es compatible con una unión real aunque invisible —con el corazón—; unión tan real que desea y busca expresarse en una proximidad visible. Tal unión puede darse aunque nunca haya habido la cercanía material; San Pablo escribe a los Colosenses, a quienes no ha visto jamás:

Quiero que sepáis cuán grande lucha sostengo por vosotros y por los de Laodicea, y por cuantos no han visto *mi rostro en carne*, para que sean consolados *sus corazones, estrechamente unidos por la caridad...* (Col II 1, 2.)

El contraste cara-corazón como visible-oculto, adquiere las notas de vano-valedero en un pasaje de la segunda a los Corintios (V 12):

No es que de nuevo nos recomendemos a vosotros, sino que os damos ocasión de gloriaros en nosotros, a fin de que tengáis qué responder a los que se glorían *en la faz y no en el corazón*.

La vida personal del Apóstol está necesariamente relacionada con la apología que hace del apostolado cristiano; pero lo que él busca, aun hablando de sí mismo, no es su gloria. Lo que importa al Apóstol antes que nada, es obrar bien ante Dios, que pondrá al descubierto los designios de los corazones cuando venga a juzgar (I Cor IV 5); pero por el bien de quienes están a su cargo tendrá que sincerarse ante los hombres cuando hay adversarios que al atacar la persona de Pablo hacen daño a la comunidad cristiana, como sucedía en Corinto. La situación creada por esos adversarios, a los que combate directamente en los capítulos XI y XII de la segunda parte, es la que ha provocado las exhortaciones apasionadas que acompañan la defensa de la obra apostólica; en los primeros capítulos alude a ellos y los impugna aunque no sea sino de paso: buscan la gloria *en la faz*, en las apariencias huecas de la desnaturalización de la palabra de Dios (II 17), en lo que es puramente humano, en «la carne» (XI 18), y *no en el corazón*.

Tomemos de nuevo el hilo de esta carta desde el fin del capítulo segundo y tendremos ocasión de apreciar desde otra perspectiva el contraste cara-corazón. A consecuencia de las dificultades de Efeso, Pablo se había dirigido a Tróade pensando encontrar ahí a Tito,

pero no fué así, e inquieto siguió para Macedonia (II 12, 13). Como en todas partes, en esas regiones Dios lo ha hecho triunfar en Cristo: no desnaturaliza la palabra de Dios como hacen otros: «en presencia de Dios, hablamos de Cristo» (II 17). Al hablar así Pablo no busca recomendarse, pues ante los Corintios ni siquiera necesita cartas de recomendación: «nuestra carta vosotros sois, escrita en nuestros corazones». Y tampoco necesita que los Corintios le den a él cartas de recomendación; lo que lleva escrito en el corazón es algo patente a todo el mundo: en Corinto, la ciudad que simboliza el libertinaje, se ha operado una transformación profunda:

... es manifiesto que sois carta de Cristo, escrita por ministerio nuestro, y escrita no con tinta, sino con espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino *en tablas que son corazones de carne* (II Cor III 3).

Pablo ha logrado esos efectos no por virtud propia sino por la fuerza de Dios. Valiéndose del Apóstol, Cristo ha grabado la Alianza nueva, la que vivifica (II Cor III 4-6), no en tablas de piedra inerte ni sólo con tinta, sino con el espíritu, con el sople de Dios vivo, y en tablas que son corazones de carne.

Sigue ahora la comparación entre esta Alianza nueva —de espíritu que vivifica—, con la Antigua, la de la letra que mata:

Que si el ministerio de la muerte, grabado con letras en piedras, resultó glorioso, hasta el punto de que no pudieran los hijos de Israel mirar *el rostro* de Moisés a causa de su resplandor, con ser *transitorio*, ¿cómo no con más razón será glorioso el ministerio del espíritu?... Porque si *lo perecedero* tuvo su momento de gloria, mucho más *lo permanente* cercado está de gloria (III 7-8, 11).

La Antigua Alianza se estableció en medio del resplandor de Dios, de tal manera que *el rostro* de Moisés se había vuelto tan radiante que Aarón y los demás hijos de Israel tenían miedo de acercarse a él (Ex XXXIV 29). Y eso a pesar de que tal brillo era pasajero, como la Alianza misma. Con más razón el ministerio del espíritu que vivifica tendrá un resplandor, un brillo que sobrepasa al antiguo y permanecerá sin fin. He aquí el fundamento de la confianza del Apóstol, de la audacia que lo lleva a presentar el mensaje del Evangelio en toda su amplitud: no se pone un velo sobre el rostro para ocultar el reflejo de la gloria de Dios, como lo hacía Moisés (II Cor III 12, 13); con la libertad que le imprime el espíritu de Cristo —Cristo es el aliento, el sople vital que se contrapone a la letra—, Pablo permanece *con el rostro descubierto* (III 18), reflejando como un espejo el brillo del Señor, y se va transfigurando, tomando los rasgos de Cristo, como que es el Señor quien opera tal metamorfosis. Y Pablo vuelve a repetir que en esto se funda

su constancia, y la sinceridad con la que propone la palabra de Dios, y su libertad que es la libertad cristiana (IV 1, 2).

Si hay todavía entre los judíos quienes no ven que la Antigua Alianza terminó ya con la venida de Cristo, es porque no quieren aceptarlo a El, y al leer los libros santos, teniendo abiertos los ojos corporales *tienen un velo sobre el corazón* (III 14, 15); el Evangelio queda velado únicamente para los incrédulos, «cuyas inteligencias cegó el dios de este siglo» (IV 3, 4). Por eso no ven «la esplendorosa irradiación del Evangelio de la gloria de Cristo, que es imagen de Dios». Este resplandor es, en último término, lo que explica el desinterés del Apóstol:

No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús Señor; que a nosotros mismos nos consideramos como esclavos vuestros por causa de Jesús. Porque Dios, que dijo: «Del seno de las tinieblas fulgurará la luz», es quien la hizo fulgurar *en nuestros corazones*, para que irradiásemos el conocimiento de la gloria de Dios, que reverbera *en la faz* de Cristo Jesús (II Cor IV 5, 6).

Tratemos de penetrar un poco más en el pensamiento de San Pablo por entre las frases impetuosas y las imágenes que lo incluyen y lo expresan. Del velo que Moisés ponía *sobre su rostro*, San Pablo pasa a un velo que cubre *los corazones* de los judíos incrédulos; la ocultación del rostro brillante de Moisés sirve para mostrar la ceguedad del corazón de quienes no aceptan a Cristo porque no han visto que el rostro de Moisés —la Antigua Alianza— ha perdido su resplandor: se obstinan en detenerse en la materialidad de la letra y no ven que Cristo es lo que esa letra significa¹⁷, que Cristo es el «alma», el «soplo» vital de la Alianza Antigua, terminada al manifestarse abiertamente lo que ella significaba. Pero quienes creen en Cristo permanecen libremente con el rostro descubierto y reflejan la gloria del Señor, que los hace ir asimilando los rasgos de Cristo: ese resplandor *de la cara* no viene de fuera, sino que Dios mismo ha hecho que Cristo brille *en el corazón* de los creyentes, para que resplandezca el conocimiento del esplendor de Dios en el rostro de Cristo.

La cara designa, en todos estos pasajes, un brillo que aparece de algún modo al exterior: la cara de Moisés, la de Pablo, la de Cristo; *el corazón*, la realidad interna de los hombres según que acepten o no a Cristo.

En la cara de Moisés brillaba un resplandor exterior y *pasajero*, el del ministerio de la muerte, grabado con letras en piedra. Hay quienes

¹⁷ Tal es la interpretación del P. ALLO (*Op. cit.*, p. 95), que preferimos. Solamente desearíamos subrayar más claramente que la virtud, la fuerza del «espíritu que vivifica», no sólo está evocada, sino que en eso consiste precisamente el significado de la letra: la Vida anunciada ya llegó.

se obstinan en ignorar que ese resplandor ya se esfumó detrás del velo con que Moisés cubría su cara: tienen ellos mismos un velo sobre sus *corazones incrédulos*. *La cara de Pablo y de los cristianos* brilla también, pero con un resplandor *permanente*: pueden permanecer con el rostro descubierto, «reverberando como espejos la gloria del Señor», que viene de dentro, porque Dios ha hecho que *la cara de Cristo* brille en los *corazones cristianos*. Y este resplandor no es pasajero, ni sólo aparente: la Nueva Alianza se ha grabado en tablas que son *corazones de carne*: la realidad de los cristianos está cambiada, hay algo profundo que concuerda con las apariencias. El «corazón» está en armonía con la «carne».

B. *La carne y el corazón* designan la apariencia del hombre y su realidad, los signos exteriores de religiosidad y la actitud interna que Dios conoce: ésta es la que da sentido a las manifestaciones visibles, y sin ella lo externo carece de valor:

Que no el que se parece de fuera es judío; ni la que se parece de fuera en *la carne* es circuncisión; antes el judío que es tal en lo escondido, y *la circuncisión del corazón*, en espíritu, no en letra, cuya es la alabanza, no de los hombres, sino de Dios (Rom II 28-29).

«A Abraham se le abonó la fe a cuenta de justicia» en estado no de circuncisión, sino de incircuncisión, «y tomó la señal de la circuncisión como sello de la justicia de la fe obtenida en estado de incircuncisión» (Rom IV 9-11). Si falta la fe interior la circuncisión de la carne no sirve para nada; pero si hay fe en el interior deberá manifestarse exteriormente.

C. *La boca y el corazón* señalan de otra manera esos dos aspectos del hombre, el exterior y el interior; en ambos resuena el llamado de Dios, en ambos debe haber respuesta de parte del hombre: en las palabras que se oyen exteriormente y en el secreto del corazón que el ojo humano es incapaz de percibir:

Cerca de ti está la palabra en *tu boca* y en *tu corazón*. Tal es la palabra de la fe que predicamos. Porque *si confesares con tu boca* a Jesús por Señor y *creyeres en tu corazón* que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo. Porque *con el corazón se cree* para justicia, y *con la boca se confiesa* la fe para salud (Rom X 8-10).

Como en el texto citado antes sobre la circuncisión, aquí también aparece que el elemento de más importancia es la fe interior: sin ella, la profesión verbal —necesaria igualmente— no sería sino palabra hueca, desprovista de una respuesta franca y leal. Pablo se alegraba de que los romanos hubieran dado ya esa respuesta: «*obedecisteis de corazón* a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados» (Rom VI 17).

En los dos textos ya citados de las epístolas a los Efesios (VI 5-6) y a los Colosenses (III 22) se da también la contraposición entre lo que aparece exteriormente y lo que Dios sólo puede conocer como es en realidad: es la exhortación a los siervos para que obedezcan a sus señores «*con sinceridad de corazón*», como quien obedece a Cristo, y no «con servicio *al ojo*, como quienes buscan agradar a los hombres». Esta sinceridad que San Pablo pide a quien sirve a Cristo en los hombres, es una virtud que el Apóstol mismo se esfuerza en ejercitar, y sufre cuando aun la sospecha de doblez se levanta contra él. Por eso decía a los Corintios con la vehemencia que ya hemos podido apreciar: «*Nuestra boca se ha abierto a vosotros, nuestro corazón se ha ensanchado*» (II Cor VI 11), nuestro lenguaje es completamente franco, y en nuestro corazón tenéis un sitio que concuerda con nuestras palabras.

Es la sinceridad de la que habla repetidas veces en la segunda epístola a los Corintios, y que no se funda en consideraciones humanas sino en la benevolencia de Dios, que penetra hasta lo secreto del corazón: la conducta del Apóstol reposa en la acción de Dios sobre él. Pasemos a recoger los pasajes que tratan de esa acción de Dios sobre Pablo y sobre los cristianos en general.

D. *La acción de Dios en el corazón.*

Lo que importa de veras es agradar a Dios: El «*sondea nuestros corazones*» (I Tes II 4), «pondrá al descubierto *los designios de los corazones*» (I Cor IV 5).

Pero Dios quiere, sobre todo, transformarlos: hizo fulgurar la luz «*en nuestros corazones*» —dice Pablo a los Corintios (II Cor IV 6)— para que irradiásemos el conocimiento de la gloria de Dios». Gracias a esta luz, «nos vamos transfigurando en la misma imagen de gloria en gloria, conforme a como obra el espíritu del Señor» (II Cor III 18). Con miras a este progreso, San Pablo expresa en diferentes pasajes los deseos de que esa acción de Dios se realice plenamente en los cristianos:

A vosotros hágaos el Señor crecer y aventajar en la caridad de unos para con otros y para con todos... en orden a *fortalecer vuestros corazones*... (I Tes III 12, 13.)

Y el mismo Señor nuestro Jesu-Cristo y Dios, Padre nuestro... *consuele vuestros corazones y los afiance* en toda obra y palabra buena (II Tes II 16-17).

Y el señor *enderece vuestros corazones* hacia el amor de Dios y la firme esperanza en Cristo (II Tes III 5).

... revestíos de la caridad, que es vínculo de perfección. Y la paz de Cristo sea *el árbitro en vuestros corazones*...» (Col III 14-15).

La acción de Dios debe progresar, realizar prodigios cada vez mayores, pero la iniciación cristiana superará todo lo que hubiese podido

pensarse: «pues sois hijos, envió Dios de cabe sí *a vuestros corazones* el Espíritu de su Hijo, el cual clama ¡Abba!, ¡Padre!» (Gal IV 6). Pablo da gracias por la fe de los cristianos (Eph I 15-16), y sigue rogando por ellos:

para que el Dios de nuestro Señor Jesu-Cristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación con pleno conocimiento de él, *iluminados los ojos de vuestro corazón*, para que conozcáis cuál sea la esperanza de su vocación... (Eph I 17-18.)

... doblo mis rodillas ante el acatamiento del Padre... para que os conceda... que seáis firmemente corroborados por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que habite Cristo por la fe *en vuestros corazones*... (Eph III 14-17.)

Pablo tiene la convicción de que en Dios, en Cristo, tiene una firmeza sobrehumana: no sólo recibe de Dios la fuerza, El además «nos marcó con su sello y nos dió las arras del Espíritu *en nuestros corazones*» (II Cor I 22). Estas prendas son el fundamento de una esperanza inconfundible, que «a nadie deja corrido. Porque el amor de Dios ha sido derramado *en nuestros corazones* por el Espíritu Santo que nos fué dado» (Rom V 5). Mientras llega la revelación de lo que significa ser hijo de Dios, (Rom VIII 19), «el Espíritu acude en socorro de nuestra flaqueza»... «interviene a favor nuestro con gemidos inefables. Y *el que sondea los corazones* sabe cuál es la aspiración del Espíritu...» (Rom VIII 26-27). «Y la paz de Dios, la que sobrepuja toda inteligencia, guardará *vuestros corazones* y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Phil IV 7): con tal confianza, el cristiano podrá vivir alegre, moderado, dejando en manos de Dios sus deseos y dándole gracias por sus beneficios.

Tal es la acción de Dios sobre los corazones: ha hecho fulgurar en ellos el rostro de Cristo; como arras y prenda de la resurrección gloriosa les ha enviado el Espíritu de su Hijo, y mediante El ha derramado su amor, ha grabado en ellos la Nueva Alianza. Esta acción está destinada a realizar una transformación completa del hombre, y por eso Pablo desea y ruega que Cristo fije definitivamente su morada en los corazones cristianos, que el Padre les ilumine los ojos del corazón para que conozcan cuál es la esperanza de la vocación divina, y confía en que la paz del Señor los guardará, será en ellos como el timonel y el árbitro; y Dios mismo —a quien no puede ocultarse el secreto de los corazones, y escucha los gemidos inefables del Espíritu que habita en ellos—, los fortalecerá, los consolará, los guiará hacia el amor de Dios y la esperanza en Cristo.

E. *La acción de los hombres sobre el corazón.*

Cuando son instrumentos de Dios, la acción de los hombres no es más que algo intermediario; por eso San Pablo ha podido decir a los Corintios (II Cor III 3): «sois carta de Cristo, escrita *por ministerio*

nuestro, y escrita... no en tablas de piedra, sino *en tablas que son corazones de carne*».

Aunque Pablo no ha conocido personalmente a los cristianos de Colosos, les escribe «para que sean *consolados sus corazones*» (Col II 2). A ellos y a los Efesios les envía a Tíquico, buscando igualmente que él *consuele sus corazones*» (Col IV 8, Eph VI 22). Cuando manda a Tito para que lo represente en Corinto, se alegra y da gracias a Dios «que inspira *en el corazón de Tito la misma solicitud*» por ellos (II Cor VIII 16).

No solamente los apóstoles, todos los cristianos pueden ser instrumentos de la acción de Dios. Si en la asamblea cristiana todos profetizan —en lugar de que todos hablen en lenguas—, y entra algún infiel o profano, «es convencido por todos, es sondeado por todos; *los secretos de su corazón se hacen patentes...*» (I Cor XIV 24-25).

Fuera del caso en que los hombres son instrumentos de Dios, sólo una vez señala San Pablo¹⁸ una acción humana sobre el corazón, al poner en guardia a los Romanos contra «los que promueven las disensiones y los escándalos, apartándose de la doctrina» que recibieron: «con blandas palabras y lisonjas *seducen los corazones de los inocentes*» (Rom XVI 17-18):

Resumiendo.

Hemos terminado así la revista de los pasajes en los que San Pablo usa la palabra *καρδία*, corazón. Antes de sacar las conclusiones sobre la clase de metáfora —mejor dicho, sobre las clases de *tropos* empleados—, resumamos brevemente lo que hemos encontrado en esos pasajes:

—Decir que el corazón es insensato, encallecido, impenitente, o por el contrario, puro, sencillo, equivale a describir la calidad, la situación del hombre.

—Al corazón se refieren los pensamientos —los más íntimos—, las concupiscencias, los malos y los buenos deseos, las resoluciones, la solicitud; en el corazón se experimentan la angustia y el dolor, con el corazón se cree y se obedece.

—El corazón contrapuesto a la cara, es lo oculto en cuanto se opone a lo visible, lo que tiene valor opuesto a lo vano, lo que traspone la superficie y llega a lo profundo; la boca, como la circuncisión de la carne, pueden estar en desacuerdo con el corazón, pero puede también y deben ser su manifestación y su complemento.

¹⁸ En los Hechos de los Apóstoles (XXI 13) hay otro pasaje relativo a San Pablo donde aparece también el influjo humano sobre el corazón: después de la predicción de Agabo, los cristianos de Cesarea ruegan al Apóstol que no vaya a Jerusalén, y él les responde: «¿Qué hacéis con llorar y *quebrantar mi corazón?*...»

—El corazón de los inocentes puede ser seducido; los hombres son capaces de afligir el corazón, y también de consolarlo cuando obran en nombre de Dios. Hay en el corazón secretos que se ocultan a las miradas de los hombres pero que Dios conoce: El escruta los corazones y los prueba. El corazón es el reducto en el que el hombre puede encerrarse, pero por la fe puede abrirlo al llamado de Dios que quiere hacer brillar allí el rostro de Jesucristo. Dios fortificará, consolará, guiará los corazones de los fieles; la paz de Dios será en ellos guardián y rector...

La «metáfora» del corazón en San Pablo. De las 52 veces que la palabra aparece, 12 está contrapuesta, inmediata o mediatamente, a otra parte del cuerpo. Obedecer (Eph VI 5, Col III 22), conservar un recuerdo constante, una unión verdadera (I Tes II 17, II Cor VI 11), obstinarse en no recibir a Cristo (II Cor III 15), llevar en el corazón el rostro esplendente de Cristo (II Cor IV 6), ser judío ante Dios (Rom II 29), tener cerca de sí la palabra de Dios (Rom X 8), creer (Rom X 9, 10), recibir consuelo (Col II 2), gloriarse con fundamento (II Cor V 12): todas estas actividades humanas, verdaderamente personales, se relacionan con el corazón contraponiéndolo a diferentes partes del cuerpo —la cara, los ojos, la boca—, o simplemente a la carne —el hombre en cuanto humano y visible—. Tal oposición nos muestra claramente que estamos en presencia del mismo lenguaje figurado que el de los autores de la Antigua Alianza: se toma la parte por el todo —la figura «sinécdoque»—, se designa todo el hombre bajo un aspecto determinado, que al tratarse del corazón es su realidad más íntima, la que Dios transforma: el hombre así cambiado tiene «ojos» capaces de percibir con luz nueva la esperanza de la vocación divina (Eph I 18).

Lo mismo podemos decir de los 13 textos (3 de los cuales pertenecen también a la serie anterior), en los que se sobrepone la «metáfora» propiamente dicha y se compara el corazón a una tableta en la cual se escribe (Rom II 15, II Cor III 2, 3), a un sitio donde algo sube (I Cor II 9), a un receptáculo o habitación (II Cor IV 6; II Cor VII 3 —donde se expresa de otro modo lo dicho en II Cor III 2 y VI 11—; Rom V 5, Phil I 7, Eph III 17, Col III 15), o se habla de su encallecimiento (Eph IV 18), de su ocultación con un velo (II Cor III 15).

Así pues, diferentes actividades humanas, la calidad o el estado actual del hombre, diversos aspectos de la acción de Dios y de los hombres sobre el corazón, se expresan valiéndose de este órgano corporal para designar el hombre completo. Los demás textos expresan ideas semejantes y aun paralelas, y por lo tanto nos parece legítimo concluir que hay que interpretarlos en la misma forma: no se trata de designar la facultad o potencia humana de la cual procede tal o cual acto, ni —hablando estrictamente— de señalar la «sede» o el «órgano» de las diferentes funciones humanas; sencillamente, con base en una relación fisiológica que queda determinada y que es en primer lugar *un*

signo —semejante a la boca en relación con las ideas que se expresan, a la cara respecto a las apariencias—, el corazón sirve para designar la realidad del hombre, *la que lo resume y caracteriza*. El corazón es lo que Dios quiere renovar por completo mediante la acción de su Espíritu, mediante la habitación de Cristo en él para que vaya asimilando los rasgos esplendentes de Quien es la imagen del Padre.

Las consecuencias al hablar del Corazón de Cristo al entrar en esta perspectiva, aparecen claramente: la atención al órgano de carne tiene importancia, pues precisamente por medio de él se subraya lo que es Nuestro Señor verdaderamente y no según las apariencias; pero el corazón, por lo que es materialmente, tiene un interés igual al de las manos o los codos: si nos interesa de un modo especial es por lo que significa y simboliza¹⁹, a saber, esa realidad íntima de Cristo Señor nuestro, la que lo caracteriza ante el Padre celestial y respecto de nosotros, la que es manifestación del amor eterno de Dios trino y uno, de Dios que es Amor (I Io IV 16):

Yo soy el buen Pastor, el buen pastor da la vida por sus ovejas...
Yo soy el buen Pastor y conozco las mías y las mías me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre, y pongo mi vida por las ovejas... Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi

¹⁹ En la encíclica «Haurietis aquas» S. S. Pío XII precisa: «... el motivo por el cual la Iglesia tributa al Corazón del divino Redentor el culto de latría... es doble: el primero, que es común también a los demás miembros adorables del cuerpo de Jesucristo, se funda en el hecho de que su Corazón, siendo una parte nobilísima de la naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la Persona del Verbo de Dios... El otro motivo pertenece de manera especial al Corazón del divino Redentor, y por lo mismo, le confiere un título del todo propio para recibir el culto de latría. Proviene de que su Corazón, más que ningún otro miembro de su cuerpo, es el índice natural o el símbolo de su inmensa caridad hacia el género humano» (AAS XXXVIII (1956) p. 316; trad. de «El Mensajero del Corazón de Jesús», página 23).

Ya el P. Croiset, al explicar cuál es el objeto de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, hacía ver en el corazón de carne ese carácter de signo, de apoyo sensible para llegar por medio de él a otra realidad: esta devoción «ne se réduit pas (comme quelques-uns auroient pu s'imaginer en voyant ce titre) à aimer seulement, et à honorer d'un culte singulier ce Coeur de chair semblable au nôtre, que fait une partie du corps adorable de Jésus-Christ.

«Ce n'est pas que ce sacré Coeur ne merite nos admirations... Ce qu'on prétend est de faire voir qu'on ne prend ici ce mot de Coeur que dans le sens figuré et que ce divin Coeur considéré comme une partie du Corps adorable de Jésus-Christ, n'est proprement que l'objet sensible de cette dévotion, et que ce n'est que l'amour immense que Jésus-Christ nous porte, qui en soit le motif principal. Or cet amour étant tout spirituel, on ne pouvoit pas le rendre sensible, il a donc fallu trouver un Symbole; et quel Symbole plus propre et plus naturel de l'amour que le coeur?» (*La dévotion au Sacré-Coeur de Notre Seigneur Jésus-Christ*, Lyon, 1741, pp. 6, 7). Nosotros subrayamos.

vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandamiento que del Padre he recibido. (Io X 11, 14-15, 17-18.)

Cristo es nuestro Salvador, nuestro *Jesús*, que por amor entregó su vida por nosotros (Io XV 13, Gal II 20), que quiere la salvación de todos los hombres (I Tim II 4), que espera la entrega de nuestro propio corazón —de todo cuanto somos en nuestra realidad más íntima y más completa— a la obra misericordiosa y magnífica de la edificación de su Cuerpo Místico, del embellecimiento de su Esposa la Iglesia, a la que quiere «santa e inmaculada» (Eph V 27). En Cristo y por Cristo somos hijos de Dios,

«y si hijos, también herederos:
herederos de Dios, coherederos de Cristo;
si es que juntamente padecemos,
para ser juntamente glorificados» (Rom VIII 17).

Si según el modo de hablar semítico, «un hombre vale lo que vale su corazón», Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, vale lo que vale su corazón: porque su corazón simboliza lo que El es y quiere ser para nosotros. Con más razón que Pablo a los Corintios podría decirnos: «estáis en mi corazón para juntos morir y juntos vivir».

¿TRATA PABLO DEL CORAZON DE CRISTO?

Terminemos dando respuesta a esta pregunta. Nos parece que San Pablo *no emplea esta expresión*. El pasaje de Phil I 7-8, que aparece traducido así en algunas versiones, en realidad tiene otra imagen —las *entrañas* de Cristo Jesús—, imagen muy semejante si se quiere, y que significa la ternura de Cristo, pero imagen que no es el corazón, según vimos (páginas 18 y sigs.). Pero más importante que las palabras y su aplicación a la persona de Nuestro Señor es la concepción general de la imagen del corazón para designar el centro y el resumen de un hombre: El Apóstol habla así de su propio corazón, del corazón de los gentiles, de los judíos, del corazón de todo hombre. El paso al Corazón de Cristo —verdadero Dios y verdadero hombre— será natural y legítimo.

Cuando al correr del tiempo el corazón se convertirá en el símbolo del amor, este simbolismo podrá armonizarse con la imagen semítica: el amor es el que sintetiza y explica todo el comportamiento de una persona. «Amor meus, pondus meum», a nadie se podrá aplicar de modo tan excelente como al Corazón de Cristo Jesús: el amor de Dios —y Dios es Amor— «está en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom VIII 39).

Este paso, esta aplicación al Corazón de Cristo la encontramos iniciada ya en un magnífico pasaje de San Juan Crisóstomo, al fin de la última homilía sobre la epístola a los Romanos²⁰. Con él cerramos estas líneas, deseando participar en el entusiasmo del gran orador hacia Pablo, a quien fué otorgada «esta gracia, la de anunciar a los gentiles las riquezas de Cristo, imposibles de rastrear» (Eph III 8).

Quis mihi nunc dederit, ut corpus Pauli circumplectar, ut sepulcro haeream, ut pulverem videam corporis illius quae Christo deerant adimplentis, stigmata illius gestantis, praedicationem ubique disseminantis?... pulverem corporis per quod Christus loquebatur, et lux splendebat omni fulgure clarior, et vox exsilliebat quovis tonitru daemionibus terribilior... Oris huius pulverem videre vellem, quo magna et arcana Christus locutus est, et maiora quam per se ipsum... Nec oris tantum, sed etiam cordis illius pulverem videre vellem, quod si quis cor orbis fuisse dixerit non erraverit, nec si innumerorum fontem bonorum, ac principium et elementa vitae nostrae dixerit... *Adeo latum cor* illud erat, ut civitates integras, populos et gentes caperet: nam ait: «*Cor meum dilatatum est*» (II Cor VI 11). Attamen tam latum cor aliquando cohibuit et strinxit amor, qui ipsum dilatabat: «Ex multa enim tribulatione et *angustia cordis*, —inquit— hanc vobis scripsi» (Ibid. II 4). Et dissolutum videre cuperem, quod ardeat erga singulos pereuntes, quod iterum parturiat abortivos filios, quod Deum videat. (Nam qui mundo corde sunt, inquit, Deum videbunt —Mt V 8—): cor hostiam factum... cor caelii sublimius, orbe latius, radio splendidus, igne ardentius, adamante fortius, fluvios emittens (nam ait: «Flumina de ventre eius fluent aquae vivae» —Io VII 38—): ubi erat fons saliens, et irrigans non faciem terrae, sed hominum animas; unde non flumina tantum, sed etiam fontes lacrymarum emanabant et nocte et die: *cor*, inquam, *quod novam ducebat vitam*, non hanc nostram (nam ait «Vivo autem iam non ego, vivit vero in me Christus» —Gal II 20—. *Cor itaque Christi erat cor Pauli*, et Spiritus Sancti tabula, et gratiae liber)... (ζῶ γὰρ οὐκ ἐστὶ ἐγώ, ζῆ δὲ ἐν ἐμοί, φησὶν, ὁ χριστός. Ἄρα ἐκείνου καρδία ἦν ἢ παύλου καρδία...)

EDGARDO DE LA PEZA, S. I.

²⁰ MIGNE, *Patrologia graeca*, 60, col. 678-680. (Nosotros subrayamos.)